

" LAS EXILADAS "

ESCENARIO VACIO. AL FONDO PANORAMICA.
DESPUES DE UN INSTANTE ENTRA HORTENSIA, EN SILLA DE RUEDAS, EMPUJADA POR SU COFER, VICTOR. MAS ATRAS, LOS SIGUE DESGANADAMENTE, EMILIA.
HORTENSIA TIENE SOBRE SESENTA AÑOS. VISTE ROPA CLARA ANTICUADA. SU ROSTRO ESTA SURCADO DE ARRUGAS A PESAR DE LA GARGANTILLA DE TERCIOPELO NEGRO QUE USA PARA ESTIRAR SU TEZ. USA AUDIFONO. VICTOR ES UN HOMBRE DE SU MISMA EDAD, CON UN ESTEREOTIPADO Y DESVAÑIDO ASPECTO DE SERVIL DIGNIDAD. USA UN ANTICUADO UNIFORME MEZCLA DE VIEJO COCHERO Y DE CHOFER. EMILIA TIENE CUARENTA AÑOS. ES MAS BIEN GRUESA, DE FACCIONES TOSCAS DE ASPECTO TENSO Y HASTIADO. EN ELLA, ESPECIALMENTE, DEBE ADVERTIRSE QUE ESTE PASEO MATINAL ES PARTE DE UNA RUTINA FASTIDIOSA.

HORTENSIA: Aquí, Víctor. Aquí. Ya estamos lo suficientemente lejos. Todos los días son veinte metros más lejos. Retrocedemos, Víctor, retrocedemos. Cada día ellos se adeuñan de una franja más de la playa. El viaje es cada día más largo, pero ahora tenemos auto y no el antiguo coche... ¿Eh, Víctor? ¿Te acuerdas cuando llegaste a la casa para servir de cochero? (PARA SI EN VOZ DEBIL) Pasa el tiempo, pasa el tiempo... (SE DIRIGE DE NUEVO A VICTOR SIN MIRARLO) Ahora eres chofer y empleado particular... ¡No habían empleados particulares en aquel tiempo! ¿Eh? Y estabas mejor ¿No es cierto? ¡Las leyes sociales! Recuerdo que mi sobrino León que era muy astuto y muy dado a la política, decía... (SE RIE Y RECUERDA. LUEGO AGREGA EVOCATIVA) ¡Era muy ingenioso, León!... ¡Murió! (PAUSA) Ya puedes volver al auto, Víctor. Vuelve en una hora más.

(VICTOR SE VA. HORTENSIA MIRA A EMILIA QUE SE HA MANTENIDO DE PIE, INMOVIL E INDIFERENTE)

¿Y tú? ¿Qué haces? ¿Estás esperando que se vaya Víctor para tomar tu baño de sol? No puedo comprender cual es el placer de permanecer tendida una hora sobre la arena, desnuda, recibiendo sol. En mis tiempos...

(EMILIA SE SACA EL VESTIDO Y QUEDA EN TRAJE DE XXXXX BAÑO, UN TRAJE ANTICUADO DE BUSTO PLANO Y LARGO POLLERÓN. SE TIENDE DE BRUCES)

En mis tiempos, las señoritas iban a la playa, no a tomar sol, no a bañarse. Claro que a veces lo hacíamos, pero recatadamente. Lo importante era conversar, hacer vida social. Todos nos conocíamos. Sabíamos quienes éramos. La playa era nuestra. Fué en la playa donde conocí a tu padre. Y conversamos, conversamos largamente hasta que nos enamoramos... Pero, ahora... ¿Quién conversa? Sólo dan chillidos en el agua o se tienden como tú, impúdicamente, a recibir sol. No entiendo, no puedo entender...

(DE PRONTO, HORTENSIA HUELE ALGO. SACA UN PAÑUELO MIENTRAS HUSMEA OSTENSIVAMENTE)

¿Hheles? ¡Pescado podrido! ¡Aquí nos han tirado! ¡A un botadero de pescados podridos! ¡A esto han llegado! ¡Y me lo hacen a mí! ¡A mí!

Me acuerdo cuando principiaron a llegar. Tú ni habías nacido. Llegaban en tren en las mañanas de los Domingos y se iban por la tarde. Primero ocuparon una parte distante de la playa. Nosotros los dejábamos estar. ¡Nos daban risa! Eran tan pintorescos.

Nos reíamos a costa de ellos., sus trajes, sus modales, la forma como trataban de imitarnos sin conseguirlo. Pero cada Domingo, llegaban diez más... Yo creo que lo hacían con toda intención. Despacito, despacito, se iban acercando más a nosotros. Cuando fueron muchos, decidimos quedarnos en nuestras casas los Domingos. ¡No! No vayas a creer tú que nos pusimos de acuerdo o que hicimos una... una... ¿Cómo se llama eso, ahora?... una... ¡una asamblea! No, nada de eso. Cada uno lo decidió separadamente. Eramos buenos cristianos, esa gente tenía derecho a divertirse por lo menos un día a la semana. Y nosotros debíamos sacrificar el Domingo por ellos. Eso fué lo que me dijo tu padre, al menos. ¡Pero yo creo que se equivocó! Habían otros sitios donde podían ir. Vía era de nosotros. ¡De nosotros! (DIRIGIÉNDOSE A EMILIA) ¿O no, dices tú? ¡Emilia! ¡Contesta!... Emilia, sé que no estás dormida, sé que me estás oyendo... Contesta... ¿De quién es Vía?

EMILIA:
EMILIA

EMILIA: (SIN MOVERSE, COMO UN CANSADO ECO) De nosotros.

HORTENSIA:

¿De nosotros? ¿Y por qué si es de nosotros nos han expulsado a este sitio que es un pudridero de pescados? ¿Por qué? ¿Quién lo permitió? ¿Quién?

Yo, antes, cuando tu padre vivía, me levantaba de mi cama y veía el mar desde mi ventana. Y, de pronto, principié a ver moles de cemento agujereadas y me empujaba para un lado y para otro tratando de ver al mar, hasta que un día no hubo ya más mar. Sólo ventanas, ventanas de conventillos que se elevaban hasta el cielo, cientos de conventillos, miles de ventanas que se iluminaban en las noches y ahí estaban ellos: gentes, gentes que nadie conocía, que miraban, que reían, que jugaban (BAJANDO LA VOZ) que hacían el amor... ¿Te he contado alguna vez lo que vi una vez por una ventana?... ¡Y pensar que tú pudiste verlo!

(EMILIA PRINCIPIA A HACER EJERCICIOS GIMNASTICOS, PRIMERO SUAVEMENTE, PARA IR AUMENTANDO EN RITMO Y ENERGIA GRADUALMENTE)

¡Los culpables son los extranjeros! No debieron dejarlos entrar nunca al país. Turcos, judíos, alemanes, yugoeslavos, yankees... ¡Hasta húngaros! ¡Gitanos! Antes sólo habían ingleses. Ellos eran los únicos extranjeros, los únicos que uno veía, al menos... ¡Y eran tan finos! Eran rubios, distinguidos, súbditos del rey: jugaban tennis y hablaban inglés. El inglés de antes, no el de ahora...

¿Te he hablado alguna vez de Mr. Wotherspool?... ¡Mr. Wotherspool!

Lo que sucede es que se ha perdido el orgullo. Han dejado que nos invadan. ¡Pero yo no renuncio! ¡No me mezclaré! Moriré como he nacido. (RECAPACITANDO CON SUBITO PAVOR, A MEDIA VOZ) Moriré. Tengo que morirme. Todos se mueren. (VOLVIENDO A ADQUIRIR SEGURIDAD) Llegaré al cielo y le diré a San Pedro. Aquí vengo yo. He sido una buena cristiana, he cumplido con los mandamientos, tengo todos los sacramentos, vengo a tomar el lugar que me corresponde en el cielo. Allí, en la tierra, me arrinconaban, me lanzaban a los pudrideros de pescados, pero acá, acá reclamo mis derechos. Y San Pedro me dirá: Pase, Misia Hortensia, venga, venga a sentarse a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, aquí encontrará su lugar, son todos amigos suyos, vea, vea quien está aquí, su señor esposo y sus antiguos vecinos, don Ramón, don Estanislao, la Sra. Matilde y la Srta. Eulalia que murió virgen... ¡Ahí los quiero ver a esos extranjeros, a esos medios pelos, a esos rotos! ¡Ahí los quiero ver! ¡En el cielo!

(QUEDA UN MOMENTO PENSANDO EN SU VENGANZA, SONRIENTE Y FELIZ. DE PRONTO, UN INQUIETANTE PENSAMIENTO ENTURBIA SU EXPRESION)

Emilia... ¡Emilia! ¿Te has fijado? ¿Cuándo vamos a misa? ¿En las mañanas cuando comulgamos? Ellos también van a misa... también rezan, también comulgan... ¡Quieren embaucar a Dios, Emilia! Quieren invadir el cielo, como lo hicieron con Viña. Llegarán primeros humildes y, después, lentamente se irán apoderando de todo y nos expulsarán de la diestra de Dios Padre Todopoderoso. ¡Emilia! ¡Hay que avisar al señor cura! Que no les permita entrar a la iglesia, que no les de los sacramentos, que les impida invadir el cielo. ¡Escúchame Emilia! Me dicho algo nuevo, algo importante, diferente a lo que digo todas las mañanas. ¡Escúchame!

(EMILIA CONTINUA HACIENDO ENERGICAMENTE EJERCICIOS DE GIMNASIA)

HORTENSIA: ¡Basta! ¡Basta!

(LANZA CONTRA ELLA SU BASTON. EMILIA SE DETIENE Y MIRA A SU MADRE)

HORTENSIA: ¿Para qué haces ejercicios todas las mañanas?

EMILIA: ¿Quieres saber?

HORTENSIA: No. No quiero saber. Quiero que me oigas. Tengo miedo. Hay que avisar al señor cura...

EMILIA: (INTERRUMPIENDO) ¿Quieres saber por qué hago ejercicios todas las mañanas?

HORTENSIA: ¡No! Quiero que me escuches. Hay una confabulación, otra confabulación contra nosotros. Se trata...

EMILIA: (INTERRUMPIENDO NUEVAMENTE) ¿Así que quieres saber por qué hago ejercicio todas las mañanas?

HORTENSIA: No me importa. Quiero que me escuches.

EMILIA: Te voy a decir por qué hago ejercicios todas las mañanas.

HORTENSIA: No te voy a oír. Tú no me escuchas, yo tampoco te escucho.

EMILIA: Me has preguntado. Por primera vez, en años, me has preguntado.

HORTENSIA: ¡Escucha tú! ¡Soy tu madre!

EMILIA: Tengo cuarenta años.

HORTENSIA: Eres una vieja. Tienes cuarenta y cuarenta y cuarenta y cuarenta...

EMILIA: Sí. Cada minuto lo vivo cinco veces. Porque cada minuto lo dedico a una sola cosa: a esperar.

HORTENSIA: No quiero saber que es lo que esperas. Te decía que ellos están tratando de embaucar a Dios, de desterrarnos de ^{Viña} Viña, igual que...

EMILIA: (IMPLACABLE) Espero que te mueras.

HORTENSIA: ¡No oigo! (SE SACE EL AUDIFONO) Sin el audifono no puedo oír. Lo sabes perfectamente.

EMILIA: No me importa tu audifono. No me importa que no oigas. Me has preguntado. Por primera vez me has preguntado. Me enseñaste de niña que hay que responder a los mayores. Te contestaré, te contestaré.

HORTENSIA: No oigo nada, no oigo nada.

Lará, lará lala lará..... (TARAREA FEBRILMENTE UNA CANCION PARA DEMOSTRAR QUE NO OYE Y ESTE TARAREO CONTINUARA HASTA EXTINGUIRSE LENTAMENTE DURANTE EL PRÓXIMO PARLAMENTO)

EMILIA: Espero que te mueras. Espero que tú mueras para poder vivir yo. Sé que no soy capaz de escapar de tí, me educaste para que fuera un animalito sumiso y lo soy. Pero todo será diferente cuando tú mueras. Debo conservarme joven. Tengo que ser perseverante. Ejercicio todos los días, todos los días, para mantener el cuerpo joven. Entonces, cuando tú te mueras, seré un pichoncito nuevo y dejaré que los hombres metan sus dedos por mi corpiño. Y lo encontrarán aún firme. Tengo que prepararme para cuando tú te mueras. Para eso hago ejercicio, para eso leo.

Sucedan cosas impresionantes en el mundo, allá, donde están ellos. Nadie me despreciará por juntarme a los otros. Cuando tú te mueras voy a empezar a vivir. ¡A vivir!

(FUERA DE ESCENA SE OYE EL MOVIDO RITMO DE UNA CANCIÓN DE MODA PROVENIENTE DE UNA RADIO PORTÁTIL. EMILIA OYE Y MIRA HACIA DONDE VIENE LA MÚSICA EN TEMEROSA TENSION.)

RODOLFO: (FUERA) ¡Que está hediondo por este lado!

CARLOS: (FUERA) Creo que por aquí es donde los pescadores botan los pescados que no pueden vender.

RODOLFO: (FUERA) ¡Dónde se te ocurrió venir a mariscar!

EMILIA: (BUSCANDO REFUGIO EN SU (MADRE) ¡Mamá! ¡Mamá! Ahí vienen. Son ellos. Los veraneantes. Tenemos que irnos de aquí... rápido. ¡Mamá!

(ADVIERTE QUE HORTENSIA ESTA DORMIDA)

¡No te duermas ahora! ¡No me dejes sola!

(MIRA DESESPERADA HACIA TODOS LADOS BUSCANDO UN REFUGIO PARA EL PELIGRO QUE SE AVEGINA. OPTA POR ACOSTARSE SOBRE LA ARENA CON EL ROSTRO ESCONDIDO FINGIENDO DORMIR. ENTRAN RODOLFO Y CARLOS. VISTEN TRAJES DE PLAYA. UNO TRAJE DE BAÑO EL OTRO BLUE JEAN. ES RODOLFO QUIEN LLEVA LA RADIO PORTÁTIL)

RODOLFO: Por aquí no vamos a encontrar nada.

CARLOS: (REPARANDO EN HORTENSIA) ¡Mira! ¡Una vieja!

RODOLFO: (APAGANDO LA RADIO) ¿Dónde?

CARLOS: (MOSTRANDO A HORTENSIA) ¡Ahí!

RODOLFO: ¡Bah! Una vieja vieja.

CARLOS: ¿Y que querías?

RODOLFO: Yo creía que era una vieja pescado...

CARLOS: (ACERCÁNDOSE A HORTENSIA) Y en sillas de ruedas.

RODOLFO: (HACIENDO LO PROPIO) Está dormida.

CARLOS: Y es sorda.

RODOLFO: ¿Cómo lo sabes?

CARLOS: (TOMANDO EL AUDIFONO DE HORTENSIA Y MOSTRÁNDOSELO A RODOLFO) Tiene micrófono.

RODOLFO: (TOMÁNDOLE EL AUDIFONO Y HABLANDO POR EL) Aló, aló... probando, probando...

CARLOS: ¡No seas bruto!

- RODOLFO: (REPARANDO EN EMILIA Y GOLPEANDO CON SU CODO A CARLOS PARA LLAMARLE LA ATENCION) Mira...
- CARLOS: Otra vieja.
- RODOLFO: ¡Y en traje de baño!
- CARLOS: (PASEANDOSE EN FORMA INSPECTIVA ALREDEDOR DE EMILIA) Y no está tan mal que digamos...
- RODOLFO: ¿Será sorda?
- CARLOS: No se le ve micrófono.
- RODOLFO: Probenos. (SE SIENTA AL LADO DE EMILIA) Señora... (ESPERA REACCION Y COMO NO LA HAY LE HACE UN GESTO A CARLOS SIGNIFICANDO QUE ES SORDA)
- CARLOS: A lo mejor no es señora...
- RODOLFO: Señorita... (A CARLOS) Tampoco es señorita.
- CARLOS: Quién te dice que no es una sirena.
- RODOLFO: Sirena encantada podrá ser porque de lo contrario...
- CARLOS: ¡Eso! Una sirena encantada por un mago maléfico que la ha sumido en un sueño eterno en espera que llegue un príncipe que pronuncie las palabras mágicas que le devolverán su hermosura y juventud.
- RODOLFO: Yo soy el príncipe que la despertará. (SE ARRODILLA JUNTO A EMILIA Y HABLA CON FINGIDA GRANDIELOCUENCIA) Princesa, princesa mía, despierta de tu sueño legendario. El momento ha llegado, princesa. No te traigo riquezas, te traigo amor. El mundo está despierto. Hay sol. Sol que hace vivir a las plantas. Hay luna. Luna que hace soñar a los enamorados. No puedes seguir viviendo ajena al sol y a la luna. Es como despreciar a Dios que nos los ha dado. Despierta, despierta...
- (EMILIA SE INCORPORA LENTAMENTE Y MIRA CON DULZURA A RODOLFO)
- CARLOS: ¡Mierda!
- EMILIA: Perdón, estaba durmiendo.
- RODOLFO: Disculpe, señora. No quise despertarla...
- EMILIA: Señorita.
- RODOLFO: Disculpe, señorita...
- EMILIA: (INDICANDO A HORTENSIA) Mi mamá. (RODOLFO SE VUELVA HACIA HORTENSIA Y VIENDO QUE AUN DIERME LE HACE UNA VENIA. EMILIA MIRA A CARLOS ESPERANDO UN APRESENTACION FORMAL)
- RODOLFO: Carlos, un amigo. (EMILIA Y CARLOS SE HACEN UNA CORTES VENIA. EMILIA SE VUELVE A RODOLFO)
- EMILIA: Continúe.
- RODOLFO: ¿Continúe qué?
- EMILIA: Ud. me estaba hablando... (RODOLFO LA MIRA EXTRAÑADO) Del sol, la luna....

RODOLFO: ¡Ah! ¿Alcanzó a oír? Era una broma, señora... digo, señorita.
(UNA PAUSA EMBARAZOSA)

EMILIA: Me tiene que excusar. No tengo costumbre de conversar con desconocidos... (RECTIFICÁNDOSE RÁPIDAMENTE) No, no quise decir eso, no se ofenda. Ud. no es un desconocido. Le he presentado a mi madre y Ud. a su amigo.

Yo me llamo Emilia.

RODOLFO: Mi nombre es Rodolfo.

EMILIA: ¿Rodolfo? ¿Igual que el artista?

RODOLFO: ¿Que artista?

EMILIA: No sé bien. Mi madre me ha hablado de un artista que se llama Rodolfo. Todas las mujeres se vuelven locas por él. Hasta se desmayan en los biógrafos.

RODOLFO: Yo voy al teatro y no lo conozco.

EMILIA: Al teatro no, al biógrafo. Las fotografías ésas que se mueven...

RODOLFO: ¿El cine?

EMILIA: Es imposible que no lo conozca. Es famoso. El apellido es Valen... No, no es Valenzuela... ¡Valentino! Eso es...

RODOLFO: ¿Rodolfo Valentino? Pero ése murió hace mucho tiempo.

EMILIA: ¿Murió? Lo siento. Lo siento mucho. ¿No le parece que la muerte es terrible Rodolfo? Yo no quiero morir, no quiero morir todavía. Casi no he nacido aún...

CARLOS: Rodolfo... ¡vamos!

(RODOLFO SE VUELVE HACIA CARLOS Y LE HACE UN GESTO INDICÁNDOLE QUE EMILIA ESTA MEDIO LOCA Y QUE QUIERE DIVERTIRSE)

EMILIA: Deseo tan intensamente vivir. Espero día a día el momento de empezar a vivir. ¿Ud. vive, no es cierto?

RODOLFO: Sí... vivo.

EMILIA: ¿Y qué hace? ¡Cuénteme!

RODOLFO: Trabajo... Trabajo en la Grace... y veraneo... igual que Ud.

EMILIA: (CON AIRE DE SUPERIORIDAD) No. Yo no veraneo. Yo vivo en Viña. Nací en Viña!

(CARLOS SE HA ALEJADO PARA IRSE Y MIRA INQUIETO HACIA RODOLFO)

CARLOS: Rodolfo... ¡Yo me voy!

RODOLFO: (LEVANTÁNDOSE) Con permiso... mi amigo me llama.

(EMILIA EN ADEMAN SUBITO Y ANGUSTIADO ESTIRA SU BRAZO PARA DETENER A RODOLFO)

EMILIA: ¡No! ¡No se vaya!

(RODOLFO LA MIRA ATONITO)

EMILIA: (SUPLICANTE) ¡Quédese!

(CARLOS HACE UN GESTO DE FASTIDIO Y SE VA.
RODOLFO, RESIGNADO, VUELVE A SENTARSE AL LADO
DE EMILIA)

EMILIA: ¿Ud. conversa?

RODOLFO: ¿Cómo?

EMILIA: Si conversa. A mí me gusta tanto conversar. Siempre converso, pero no con personas.

RODOLFO: ¿Con quién, entonces?

EMILIA: Imagino... Imagino que converso. Ayer imaginé algo nuevo. Estaba en un hotel, en el restaurant de un lujoso hotel. ¿Sabe con quién? ¡Con un pretendiente! Bebíamos champagne. ¿Le gusta el champagne?

RODOLFO: No sé. Sólo la tomo en los matrimonios y en el año nuevo.

EMILIA: ¿Y que bebe Ud. en un restaurant de lujo?

RODOLFO: Gin con Gin.

EMILIA: ¿Que es eso?

RODOLFO: Gin con... con Gin.

EMILIA: ¡Ah! No lo había leído nunca. En las novelas siempre toman champagne. Tampoco sé como es el champagne. No voy a matrimonios ni a años nuevos.

RODOLFO: (INQUIETO) Carlos, mi amigo, me debe estar esperando.

EMILIA: ¡No se vaya! No puede irse.

RODOLFO: ¿Por qué no puedo irme?

EMILIA: Ud. es el único hombre que se conoce. Víctor no es un hombre! Es un chofer. Ud. sabe cosas íntimas de mí. Cosas que nadie sabe.

RODOLFO: ¿Qué cosas?

EMILIA: Que imagino que converso... con pretendientes. Ni mi madre lo sabe. A ella le parecería mal. Ella no quiere mezclarse. Y yo quiero mezclarme, Rodolfo. Aprovechemos mientras ella duerme.

RODOLFO: (MALICIOSO) ¿Así que quiere mezclarse?

EMILIA: Sí. No sé como se hace. Tengo poco tiempo. Ella aún no se ha muerto. Duerme solamente.

RODOLFO: Bien...

(PONE SU MANO EN LA RODILLA DE EMILIA. ELLA REACCIONA DE INMEDIATO APARTÁNDOSE EN ACTITUD DE REPULSION Y DE TEMOR)

RODOLFO: ¿No quería mezclarse?

(EMILIA SE RECUPERA CON ESFUERZO Y SE ACERCA LENTAMENTE A RODOLFO, LE TOMA LA MANO Y LA COLOCA SOBRE SU RODILLA. CIERRA LOS OJOS.)

EMILIA: Es difícil acostumbrarse.

RODOLFO: Solamente le he tomado la rodilla.

EMILIA: Calle... deje sentir... sentirlo bien. Quiero poder recordarlo.

(UN MOMENTO DE SILENCIO EN EL QUE RODOLFO MIRA A EMILIA ENTRE DIVERTIDO Y TEMEROSO. ENTRA CARLOS QUE TRAE UN PESCADO MUERTO TOMADO DE LA COLA CON GESTO DE REPULSION. LE HACE SEÑAS A RODOLFO)

EMILIA: (CON LOS OJOS AUN CERRADOS) Rodolfo...béseme...

RODOLFO:¿En la boca?

EMILIA: En la boca.

(CARLOS SE ACERCA A RODOLFO Y LE PASA EL PESCADO. RODOLFO PONE LA BOCA DEL PESCADO EN LA BOCA DE EMILIA, PRIMERO SUAVEMENTE Y LUEGO LO REFRIEGA. EMILIA SE CONVULSIONA SENSUALMENTE. AL VERLA, CARLOS Y RODOLFO PRORRUMPEN EN CARCAJADAS Y HACEN MUTIS RIENDO. EMILIA, DESCONCERTADA, ABRE LOS OJOS AUN SIN COMPRENDER. VE EL PESCADO Y LO OBSERVA UN INSTANTE, PARA REACCIONAR VIOLENTAMENTE ~~XXXXXXXXXX~~ BOTANDOLO CON ASCO. SE LEVANTA Y SE DIRIGE HACIA HORTENSIA. SE SIENTA A LOS PIES DE ELIA)

EMILIA: Vamos, mamá. Vamos. Tenemos que irnos. Alejarnos más aún. También este pedazo de playa lo han invadido ellos. Más allá, estaremos solas. Quiero que me cuentes como era antes Viña. Nunca te he oído cuando me hablabas de Mr. Wotherspool y, ahora, quiero oírte. No voy a hacer más ginnasia, mamá. Es inútil ¿Sabes? No se puede principiar a vivir de repente. Hay que principiar poco a poco. Y tú no has querido que yo lo haga, mamá, porque tú quieres a tu niña, no quieres que ella sufra. Ahora comprendo. Somos diferente. No debemos mezclarnos. No podemos hacerlo. Escúchame, mamá. ¡Despierta!

(LA REMECE SUAVEMENTE. LA MANO DE HORTENSIA CAE Y SE BALANCEA SIN VIDA. EMILIA LA MIRA EXTRAÑADA. DETIENE LA MANO Y LUEGO LA HACE BALANCEARSE.)

¿Te fuiste ya? ¿Terminó tu espera? ¿Estás sentada a la diestra de Dios Padre todopoderoso? ¿Encontraste, al fin, tu lugar? ¿Dejaste de ser una exilada?

(SE LEVANTA Y LA MIRA FRIAMENTE)

Yo también esperaré, mamá. Igual que tú. En tu silla.

(ENTRA VICTOR)

VICTOR: Las doce, señorita Emilia. Hora del regreso.

EMILIA: (INDICANDO A HORTENSIA) Está muerta.

(VICTOR, IMPERTURBABLE, SE SACA LA GORRA)
Tómala.

(VICTOR TOMA EN BRAZOS A HORTENSIA)

EMILIA: (INDICANDO EL LUGAR POR DONDE SE FUE RODOLFO) ¡Allá! ¡Allá está el botadero de pescados podridos!

(VICTOR SALE EN ESA DIRECCION, CARGANDO EL CADAVER DE HORTENSIA. EMILIA, SOLA, RECOJE EL PESCADO CON GRAN DELICADEZA Y, LUEGO, SE SIENTA EN LA SILLA ADOPTANDO LA MISMA POSTURA DE HORTENSIA. LEVANTA EL PESCADO HASTA PONERLO MUY PROXIMO A SU CARA)

EMILIA: Así es... como yo sé que es... un beso.

(Y, CON TRISTE TERNURA, BESA EL PESCADO PARA, LUEGO, CUAL SI FUERA UN NIÑO, APRISIONARLO CONTRA SU PECHO)